

# INTRODUCCIÓN

## SUENAN LOS TAMBORES DE AMÉRICA LATINA

Bienvenidas y bienvenidos a este 5º Foro Latinoamericano "Memoria e identidad", que tiene más vidas que un gato porque ustedes vienen, de cerca o de lejos, a ponerle su propia vida.

Cinco años atrás, desde este mismo magnífico y pomposo escenario universitario, le pedíamos ayuda a los primeros y primeras participantes del Foro Latinoamericano ayuda para invocar a un espíritu, y hoy he venido para renovar ese pedido. Invocar al antiguo espíritu joven que años atrás me ha obligado, como me gusta decirlo, a desmontarme del caballo del conquistador, y desarticular racionalidades que constituían para mí, científico social, las únicas lógicas posibles. Es el espíritu del ayllu del Altiplano, del nguillatún mapuche, de la Llamada montevideana que cada semana sacude los balcones de mi barrio. Es el espíritu de las Lloronas, extrañas apariciones femeninas que recorren los campos de América Latina y espantan a la gente, porque lloran esos llantos que ninguno de nosotros y nosotras quiere escuchar. Es el espíritu de Kaá Yará, el mate de los pueblos del Sur, instrumento de fraternidad popular tan perfecto que une a millones, cada día, desde hace al menos cuatro milenios. El espíritu del Coquena colla y del Mohán muisca y del Pombero guaraní y de la María Lionza, que aún hoy espantan y castigan a los depredadores de la Naturaleza y las cosas vivas. El espíritu que anima a la gente guaraní a caminar, descalza y despojada hace mucho de casi todo, en busca de Ivy Marane'y, la Tierra sin Mal. Y que nos convenció hace años de que este Foro Latinoamericano no es sino nuestra propia forma de caminar en busca de la Tierra sin Mal. Una ayuda de todos y todas ustedes para invocar en esta sala el espíritu de Nuestra América, como a Martí le gustaba llamarlo, espíritu vivo que contradice irremediablemente nuestro sentido común, que es el último refugio del pensamiento conquistador de occidente. El espíritu que ya está flotando aquí, en el corazón mismo de la gran Academia, y que mal que le pese a globalizadores, desarrollistas y mercados en crisis, nos tiene aquí, transgrediéndonos a nosotros y nosotras mismas, en este 5º Foro Latinoamericano "Memoria e identidad", abriendo un nuevo tiempo de diálogo, de sorpresa y de aprendizaje mutuo.

Durante este año pasado, tras veinte años de silencio y en virtud del trabajo con la gente querida de SUNU (aquí representada por nuestra hermana Gladys), los tambores angayté volvieron a sonar y hacer vibrar el Chaco paraguayo y las almas de comunidades que creyeron perdido el corazón mismo de sus ancestros. Y quisiera yo que estas hoy pequeñas comunidades, supieran de la inmensa significación de su esfuerzo de memoria. Porque anuncian el sonido de otros tambores que, en muchas formas distintas, ya han empezado a hacerse escuchar en cada rincón del continente mágico, sonando a veces desde tiempos remotos.

Fue hace siglos, una noche cualquiera, que sonaron los tambores del Caribe sur. Los conquistadores los reprimieron un tiempo, pero después dejaron que los esclavos y esclavas que se rompían el lomo en las plantaciones de cacao y caña y en los látigos de la civilización, se entretuvieran de noche con sus danzas primitivas. No sabían que aquellos toques no eran diversión, sino un antiguo lenguaje con el que los negros y negras preparaban la rebelión. Los capitanejos quedaron perplejos cuando miles de esclavos se levantaron al unísono a lo largo de cientos de kilómetros de costas, y marcharon juntos y juntas continente adentro para evitar ser rodeados por los soldados a la orilla del mar. Iban descalzos, semidesnudas, cuando escalaron el altiplano. Nadie les acercó un plato de comida, porque sabían que tras ellos venían los guardias españoles que se vengarían de cualquiera que ayudase a los fugitivos. Muchos y muchas murieron en el camino de hambre y de frío. Pero los que sobrevivieron y alcanzaron el Altiplano, encontraron allí a otro pueblo diezmado y perseguido: el de los muiscas. Y los muiscas compartieron con ellos su escasa comida: apenas unos puñados de maíz. Hasta hoy, todos los platos típicos de la costa del Caribe se hacen a base de maíz, pese a que esa planta no crece en zona tropical. Siglos después, la gente se alimenta todavía de aquel lejano episodio de solidaridad entre dos pueblos humillados y perseguidos. Las negras y negros sobrevivientes

de aquella rebelión, encontraron la selva impenetrable del Pacífico y allí fundaron los Palenques que sostienen todavía su modo de vida y organización tradicional. Y hasta hoy, los Palenques son el único sitio que conozco en que, cuando un indígena ve pasar a los descendientes de aquellos esclavos y esclavas cimarrones, no dice "allá van los negros", sino "allá van los libres".

Y suenan también los wankar, tambores aymaras, tan fuerte que sacuden el piso de las multinacionales que ahora suspiran por las minas y el gas de Bolivia. Ayaya, Bolivia linda, por abrir caminos nuevos. Este pasado solsticio, fuimos invitados a participar en la celebración de Willkakuti, el retorno del Sol que marca el año nuevo aymara, en el mismísimo recinto de Khalassassaya, en el centro de Tiwanaku, corazón espiritual del pueblo aymara. Allí, mano a mano con las comunidades y ayllus, en una tibieza increíble a 8 grados bajo cero, esperamos junto a miles el milagro del amanecer. Dicen desde antiguo las gentes aymara que, durante medio año, el Sol se aleja para que las noches sean más largas, y la gente tenga más tiempo de reflexionar sobre sus metidas de pata y trasgresiones a los principios éticos de su cultura. Hasta que, el 21 de junio, el Sol regresa para entibiar los días, y es un renacer de las gentes después de reparar sus faltas con la comunidad. Y el Sol salió, efectivamente, y motivó una intensa emoción que quienes vivimos en ciudades modernas casi hemos olvidado. Lloramos abrazando a personas desconocidas, pero con las que nos sentimos imposiblemente cerca. Después del baile y la coca ritual y las celebraciones, cuando las comunidades ya emprendían su regreso, nos encontramos con tres muchachas turistas: una inglesa, una neozelandesa y una francesa. Cuando les preguntamos sobre su vivencia del Wilkakuti, sólo la inglesa se atrevió a responder: "Bueno... aquí no ha pasado mucho, ¿no?". Definitivamente, es una cuestión de sensibilidad latinoamericana. No estaría cambiando el clima del mundo entero y amenazando con más hambrunas mundiales, si los países del Norte comprendieran otras formas de vincularse con la Naturaleza.

Así es como, a lo mejor por resonancia, sonaron también las bolsas de valores, descubriendo una vez más que los de esas bolsas son los únicos valores realmente importantes en el mundo del Mercado. Y anunciando también el derrumbe de una era, y poniendo en evidencia que la única riqueza verdadera es la que viene de la tierra, y no de las ilusiones bursátiles.

Pocos días después de Wilkakuti, volvieron a sonar los tambores de San Juan, que desde luego son mucho más antiguos que el apóstol que les dio su actual nombre. En los más diversos rincones, desde los barrios de las ciudades al Barlovento de Venezuela, San Juan es la noche en que todo se quema: los conflictos, las tristezas y dolores, los sueños perdidos y los miedos. Se queman en inmensas hogueras para que, a la mañana, todo vuelva a nacer. Dicen en Rivera que justo a las doce de la noche de San Juan, hay que correr a mirarse al espejo. Si el espejo te devuelve tu imagen, allí estarás aún el próximo junio. Si, por el contrario, el espejo no te muestra, o muestra otra cosa, tendrás que aceptar que es tu último San Juan. Yo creo que la gente tiene razón: quien no sea capaz de verse a sí mismo e interrogarse por la muerte al menos una vez al año, en realidad ya está muerto.

Suenan los atabaques yorubas en las playas del sur, cada 2 de febrero, saludando a la hermana Iemanjá o Yemanyá. Y es cuando montevideanos y montevideanas aprovechamos para agradecerle a la mar, así en femenino, como les gusta a los marinos, por todas las ternuras y los atardeceres que nos regaló a lo largo de nuestras vidas. Claro está que es gente seria y culta, la montevideana. Por eso, cuando las cámaras de TV registran y le preguntan a las miles de personas que se agolpan en las playas alrededor de los terreiros de umbanda y kimbanda, nunca vi a uno solo que no respondiera: "*No, yo no creo en esto. Vengo a mirar*". Gente seria, somos, que no creemos en espíritus. Cuenta Eduardo que Montevideo no era gris como ahora: la agrisaron. Visitantes extranjeros se admiraban al fin del siglo XIX del colorido de las casas y las calles de esta ciudad. Pero pocos años después, un decreto obligó a que las fachadas sólo pudiesen ser del color de los materiales: cemento, ladrillo, concreto. Así nos convertimos en gente seria, sucumbiendo a una mala imitación de París.

En lo que no imitamos a París ni al resto de Europa, felizmente, fue en el trato a la migración. Cuando cientos de miles vinieron a buscar en nuestras tierras el pan que las suyas les negaban, encontraron aquí las puertas abiertas y el ánimo dispuesto a tratarlos como nativos. Es que

ahora el mundo ha progresado, y buscar un horizonte nuevo es un delito que merece desprecio, cárcel y destierro.

Suenan los tun, tambores del pueblo kiché, descendiente de los mayas, en el Rabinal Achí del 25 de enero, recordando a la gente ancestral que murió para defender a su pueblo. Y cualquiera en Latinoamérica sabe que una tradición no es un simple pintoresquismo folclórico, sino una huella viva de los caminos a seguir. Cuenta Raúl que hace muchos años, un joven mexicano se metió en la selva Lacandona con la decisión de quedarse allí. Y que se encontró con el viejo Antonio, al que le contó su propósito. El viejo Antonio le contestó con una antigua historia, que empieza diciendo que los dioses mayas no son infalibles como los del otro lado del mar. Que cuando quisieron inventar al hombre, metieron la pata muchas veces. Primero decidieron hacerlos de oro. Y los hombres de oro quedaron lindísimos, pero eran duros y pesados. No se podían mover, ni trabajar. Así que los dioses se volvieron a reunir, reconocieron la macana, y decidieron hacer a la gente de madera. La gente de madera era más liviana, podía trabajar para ganarse el sustento. Pero al poco tiempo, los hombres de oro obligaron a los de madera a cargarlos y a trabajar para ellos. Así que los dioses se tuvieron que volver a reunir, y esta vez discutieron un buen tiempo antes de decidirse a hacer la gente de maíz. Desde entonces, todos esperan la llegada de la gente de maíz, que es la verdadera gente: la gente de oro los espera con miedo. La gente de maíz, con esperanza. Allí, el joven Marcos le preguntó al viejo Antonio de qué color será la gente de maíz. Y el viejo metió una mano en el bolsillo, y sacó un montón de granos de maíz de colores distintos: amarillo, azul, rojo, blanco, negro. La historia que aquél joven escuchó, encendió la hoguera de la rebelión zapatista en la sierra Lacandona, tambores todavía lejos de dejar de sonar.

Suenan los kultrunes mapuches a un lado y otro de la Cordillera que nunca fue, para la gente mapuche, una frontera, hasta que llegaron la civilización, la República y Benetton. Por eso suenan, todavía, los kultrunes de las machis, anunciando que no han podido con la gente de la tierra. Suenan tamboriles en la mismísima Buenos Aires donde aún se dice que no hay porteños negros, porque allí la gente desciende de los barcos. Hace algunos años, mientras documentaba historias de tradición oral mágica en Buenos Aires, un conocido escritor que me pidió encarecidamente que no revelara su nombre me contó su historia nerviosa en un boliche del Abasto. "Yo vivo desde siempre con mi madre en una casa vieja de la familia en Monserrat. Mi vieja anda mal de la columna, así que no quise dejarla sola. Al principio eran sueños nomás: soñaba casi todas las noches que me despertaba y estaba rodeado de gente, todos negros, que me miraban fijo con cara como de curiosidad. Nunca hacían ningún gesto agresivo ni nada, pero a mí me daba un pánico tremendo y cerraba los ojos y me volvía a dormir. Después fue lo de la vecina de al lado, a la que conocíamos sólo porque todos en el barrio sabían que su marido volvía del bar y le daba unas palizas terrible. Una de esas veces, el marido la encontró esperándolo con un cuchillo en la mano. Cuando la policía se la llevó, gritaba por la calle que fueron los negros los que le dijeron. Los negros. A los pocos días, mi mamá se puso tan dolorida de la columna, que alguien en el barrio me sugirió que llamara a una señora de esas que curan. Y por darle el gusto a mi madre, la llamé. Cuando llegó a casa, puso un pie dentro de casa y se quedó como congelada mirando hacia adentro. Me dijo "¿Usted no los ve?" ¿A quiénes?, le respondí. "A los pretos velhos. Están por todos lados", me contestó. Nada de esto hubiera pasado a mayores, si no fuera que un amigo historiador me llamó una mañana para decirme que tenía algo urgente para decirme. Me esperó en su casa con un libro grande y antiguo, donde hablaba de la abolición de la esclavitud en la Argentina, y decía que el barrio de Monserrat, antes conocido como "Barrio del Tambor", fue uno de los lugares preferidos por los negros libertos para instalar sus casas de Nación. Quedé francamente helado cuando di vuelta la página, y me encontré una foto de mi propia casa, a cuyo pie decía que allí había funcionado por mucho tiempo la Casa de la Nación Bantú.

Pero no siempre suenan los tambores con sonido de percusión. A veces es con canto, o suenan también con voces, y no sólo voces humanas. La gente wayúu de la Guajira, también representada en esta sala por nuestra hermana Remedios, suele decir que no sólo las personas hablan: toda la Naturaleza habla, y más bien se trata de aprender a entender las lenguas de los ríos, los animales, las plantas, el viento y los montes. Si a ustedes les parece que esta idea es apenas un disparate de indios brutos, encienda su televisor, mire las crecidas de los ríos que

arrasan pueblos y ciudades enteras, los montes que se secan por el cambio de clima, los vientos que arrancan edificios. Y piense si no estarán tratando de decirnos algo.

Otras veces suenan con sonido de llantos olvidados como los de Tonantzin, madre de los pueblos nahual y de todas las Lloronas de América, que lloró amargamente durante cinco noches por las calles de Tenochtitlán, y en su llanto gritaba en náhuatl "¿A dónde voy a llevarlos ahora, hijos míos?". Al quinto día, llegaron los españoles. Aún llora Tonantzin, por ese México que sufre como nadie la dependencia de Wall Street. O suenan con ruido de mate. Cuentan en el poblado de Chalinga, en Chile, que hace muchísimos años un caminante que venía de Salamanca se sentó a descansar al costado del camino. Tan agotado estaba, que se quedó profundamente dormido. Cuando se despertó, para su sorpresa, estaba en medio de una fiesta rarísima, en el fondo de una caverna, con músicos y delicias y mujeres hermosísimas que le tendían la mano para invitarlo a bailar cueca. También servían unos mates de puro oro macizo, cebados con licores deliciosos. Cuando toda la gente se puso lo suficientemente alegre como para no reparar en detalles, el caminante se echó uno de aquellos mates al bolsillo. Al llegar la mañana, amablemente, la gente acompañó al hombre al mismo rincón del camino donde lo habían encontrado. Cuando se vio solo, quiso echar una mirada a su botín y metió la mano en su bolsillo. Pero allí no encontró más que bosta humana. Creo que aquel hombre debió aprender entonces, lo que todos y todas quienes vivimos en el sur deberíamos saber desde hace mucho: que el mate es oro puro cuando se comparte con alegría. Y que sin esa compañía humana, el oro más macizo no es más que mierda.

Y para eso está la memoria de los pueblos: para sostener vivas las cosas verdaderamente importantes. La propia gente wayúu suele decir que ellos mueren tres muertes. La primera, en el mundo. La segunda, en el corazón de sus seres queridos. La tercera, la más dura y fría, en la memoria de su pueblo. Ojalá este Foro nos sirva a todos y todas para ganarnos un lugar digno en las memorias de América Latina.

Quizás entre los pueblos de más larga memoria que haya conocido, está el de la gente aonikenk. Ellos todavía se acuerdan de Koóch, literalmente *el que siempre estuvo*. Debe ser bravo ser el que siempre estuvo. Dicen que el propio Koóch se dio cuenta, cierta vez, de que estaba solo. Y poco tiempo después, lo que es peor, se sintió solo. Y se sentó en la rayita del horizonte a llorar. Y lloró tanto y por tanto tiempo, que cuando se dio cuenta las lágrimas habían hecho un mar a su alrededor. Y cuando lo vio, se le escapó un suspiro, y de ese suspiro, dicen, nació el primer viento, que dibujó olas y espumas en el mar recién nacido. Y tan lindo le pareció a Koóch que quiso verlo mejor, y entonces se alejó. Pero tanta oscuridad no le dejaba ver bien, y entonces levantó una mano y de la mano salió la chispa que encendió el sol. Y recién ahí, Koóch pudo ver. Y quiso que ningún aonikenk, desde entonces naciera sin saber lo que él vio aquella primera mañana: que la única forma verdadera de dejar atrás la tristeza y la soledad, es crear.

Y es para crear que estamos aquí. Y cuando digo "crear" no me refiero a inventar novedades, sino a viajar a través de nuestros más hondos dolores y nuestras más secretas debilidades, para salir al otro lado haciendo algo con eso. Como lo hizo, meses atrás, la gente angaité, que logró sonar sus tambores al ritmo del corazón del Chaco. Bienvenidos y bienvenidas al 5º Foro Latinoamericano "Memoria e identidad", para que suenen cada día más fuerte, más libres, más claros, más multicolores, todos los tambores de América Latina.

**Néstor Ganduglia**  
Octubre de 2008